

Libro de



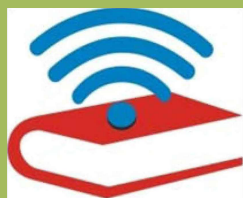
Eventos 2006



La Suma de Todos

CONSEJERÍA DE EMPLEO Y MUJER
Comunidad de Madrid

www.madrid.org

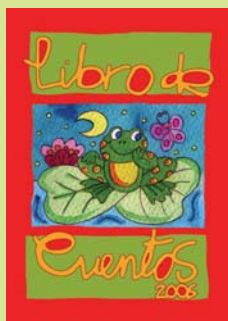


Biblioteca
 **virtual**

Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.



www.madrid.org/publicamadrid



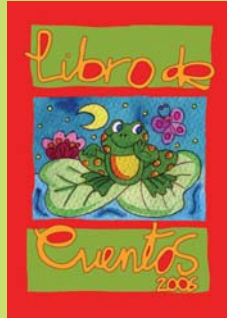
Rosa Chacel nació en Valladolid el 3 de junio de 1898 y vivió en esta ciudad los diez primeros años de su vida, tiempo que evocaría en su obra autobiográfica *Desde el amanecer*. En 1908 se trasladó a Madrid con su familia, instalándose en el Barrio de Maravillas (que daría título a una de sus novelas). En 1915 ingresó en la escuela de Bellas Artes de San Fernando, donde conoció al que sería su marido, el pintor Timoteo Pérez Rubio.

También en esa época conoció personalmente a Ramón María del Valle-Inclán, que tanto influiría en su estilo literario, como asimismo lo harían las obras de Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset.

Tras contraer matrimonio, fueron a vivir a Roma y viajaron por varios países europeos. En esta época vivió en directo las vanguardias artísticas y comenzó a colaborar con la Revista de Occidente y La Gaceta Literaria. Regresaron a Madrid pero diez años después, ante el cariz que tomaba la Guerra Civil, salieron con dirección a Francia y, más tarde, fijaron su residencia en Río de Janeiro y Buenos Aires.

Con su vuelta a Madrid, ya iniciada la transición política en España, se reeditó y redescubrió su obra, que recibió el reconocimiento oficial y el del público, que apenas conocía sus escritos tras tantos años fuera de su país. En 1976 obtuvo el Premio de la Crítica con *Barrio de Maravillas* y en 1987 se le concedió el premio Nacional de las Letras.

Su obra abarca casi todos los géneros literarios, aunque es en la novela por el que se convirtió en una autora fundamental de su generación, con un estilo intimista que analiza el mundo exterior a través de la introspección. Rosa Chacel desarrolló una importante labor literaria hasta su muerte, ocurrida en Madrid en 1994.



9^o Concurso
de
Cuento
No-sexista

“Rosa Chacel”

2006



CONSEJERÍA DE EMPLEO Y MUJER
Comunidad de Madrid

www.madrid.org

Presentación

El cuento es una de las fórmulas más antiguas para transmitir historias, ideas, conocimientos o valores. Puede crear las fantasías más extraordinarias o contar la realidad, pero siempre es un buen instrumento para conseguir que las niñas y los niños asimilen más fácilmente la realidad del mundo en el que viven. Un buen cuento les ha de servir para estimular sus capacidades intelectuales y creativas, además de impulsar su reflexión crítica dirigida hacia una mejor comprensión de si mismos y de la sociedad.

Esta es la principal característica de los cuatro cuentos de este libro, los más destacados en la 9ª convocatoria del Premio de Cuento No-Sexista, intentar sensibilizar y crear conciencia desde la infancia para asumir uno de los retos más importantes de nuestra sociedad: la igualdad real entre mujeres y hombres.

Aunque está claro que la mejor manera de influir en niños y niñas es con el ejemplo diario, el cuento les puede llevar a asimilar de una forma imaginativa y amena, el paradigma de la igualdad como guía ineludible ante cualquier situación social o familiar, y que las actitudes sexistas sólo conducen a situaciones injustas que nos hacen

tener un mundo incompleto en el que falta participación de las mujeres en la vida social y de los hombres en la vida familiar.

Esta novena edición del cuento no-sexista, como viene siendo una tradición, también está dedicada a una mujer que triunfó en el difícil camino de la creación literaria: la escritora Rosa Chacel, ejemplo de luchadora contra los convencionalismos y de talento creativo por encima de las trabas sociales de su época, que además supo comprender y transmitir con profundidad la visión y los sentimientos de la infancia.

Rosa Chacel escribió: “Claro que hay que romper barreras, pero ¿con qué ariete?” Y desde la Consejería de Empleo y Mujer de la Comunidad de Madrid pensamos que es posible atravesarlas con poderosas vigas hechas de palabras.

Juan José Güemes Barrios

Consejero de Empleo y Mujer
Comunidad de Madrid

Índice

8

¿Tiene patitas?

1º premio

María Pilar Pérez Herrero

22

Una horrible casualidad

2º premio

Carmen Olaechea

38

Ana la rana

3º premio

Maribel Rodríguez Camacho

50

Y Leila dijo: Tú no

Mención Especial

María Teresa López Atilano



Ilustraciones de Carmen Sáez Díaz

Diseño Gráfico • Graciela Varela Vázquez

"¿Tiene patitas?"



lo largo de sus cuatro años de vida, por lo menos una vez al mes, Javier había oído esa enigmática pregunta: *¿Tiene patitas?*

La primera vez, Javier, todavía dormía en la cuna porque, aunque él ya tenía edad para dormir en una cama, no había sitio en la habitación de sus hermanos mayores. Un día, desde su gran cuna oyó a su madre decirle a Enrique:

–*¿Tiene patitas?*

“¿Patitas?” –pensó desde su mullida cunita–



“¿Quién tiene patitas?”

Saltó rápidamente por los barrotes, justo a tiempo para ver en el cuarto de baño a su hermano mayor, recogiendo la ropa del suelo, con el ceño muy, muy, muy fruncido.

—¿Dónde, dónde, dónde, patitas? —preguntó Javier con lengua de trapo.

—¡Déjame, pequeñajo! —contestó mientras le empujaba hacia un montón de ropa sucia.

“Preguntaré a papá” —dijo muy bajito—. Pero cuando llegaba el momento tenía tantas cosas que contarle, que ésa siempre se le olvidaba. “Haré una lista” —pensó—, “como la que hace papá para ir a la compra”.

—¡Este chico crece muy deprisa, Juliana! —gruñía el abuelo hablando con mamá—. Ya es hora de sacarlo de esa cuna y de esos barrotes rosas ¡Se tiene que hacer un hombre!

A Javier no le importaban los barrotes ni que

fueran rosas, es más, le gustaban. Le recordaban las nubes de algodón de la feria.

–Papá, –volvía a preguntar–, ¿el rosa es malo? A mí me gusta, pero en el cole dicen que es de chicas.

–No hagas caso, barbián, –contestaba papá– los colores nacen en el arco iris. ¿Has visto tú alguna vez a alguien allí, separando... chico, azul –chica, rosa –chico, amarillo –chica, blanco? No, ¿verdad? pues hala, ¡a jugar!... y acuérdate, siempre podrás escoger el que más te guste...

Pasó un año, y ¡por fin! Javier y su osito pasaron a una gran cama, al lado del abuelo.

–¡Uf, qué bien! –dijo–, ya no se me caen las piernas por los barrotes.

Cuando entraba en su nueva habitación, de repente, volvió a oír a su madre

–*¿Tiene patitas?*

Ya casi no se acordaba de la frase. La voz venía

del salón. Rápidamente dejó todo y se asomó despacio por la puerta, sigilosamente, para descubrir quién tenía patitas. Allí estaba su hermano mediano, Esteban, mirando la tele, intentando recoger, sin muchas ganas, por cierto, todas las piezas de su juego de construcción.

–¿Esteban, Esteban, ¿qué es lo que tiene patitas?

–¡Cállate, bocazas, emigra! –contestó.

Javier no entendía mucho esa palabra, “emigra”, aunque ahora la oía en todas partes, en la panadería, en la tele..., pero una cosa estaba clara, cuando Esteban la decía significaba “¡Fuera!” No le gustó nada y ahí terminó la conversación.

“Se lo preguntaré a mamá, y me haré un nudo en el dedo para que no se me olvide” –volvió a pensar, y continuó trasladando juguetes y cuentos, feliz en su nuevo trocito de habitación compartida.



Una tarde, mientras estaba haciendo prácticas de buceo en la bañera, pues, como le enseñó su padre: “¡siempre hay que aprovechar las obligaciones para aprender cosas nuevas!”, oyó de nuevo la frase misteriosa:

–¿*Tiene patitas?*

La voz venía de la habitación del abuelo, y ¡era su padre el que le decía!

–¿*Tiene patitas?* –repetía.

“Esta vez no se me escapa” –pensó– “hoy lo sabré todo”

–decía mientras salía chorreando de la bañera.

Cuando terminó de secarse y de ponerse el pijama, a gatas se arrastró por el pasillo, como los indios



de las películas de vaqueros que a él tanto le gustaban. Se movía silenciosamente para descubrir ese animalito que parecía vivía en su casa y él nunca había visto. Al llegar a la habitación del abuelo se paró en seco. Delante de sus narices había un par de pantuflas y un cinturón que colgaba de una bata a cuadros...: ¡El abuelo!

–¿Se puede saber qué haces? –refunfuñaba el abuelo– ¿No eres ya mayorcito para gatear?

–Abuelo... ¿dónde están las patitas, puedo verlas, tienes un animalito?

–*Gruuuu, gruuuuu* –resoplaba el abuelo–, tonterías de tu padre... *gruuuu, gruuu* –renegaba mientras se alejaba hacia la cocina, con una bandeja en la mano.

Encontró a su madre leyendo en el salón, y esta vez fue directo a preguntarle:

–Mamá, le he preguntado al abuelo, pero no me quiere contestar, ¿dónde están las patitas?, dímelo, dímelo, *porfa...*

Su madre dejó el libro y le acurrucó en su regazo.

–¡Ay, renacuajo!, tú siempre serás mi renacuajo... –decía mientras le arrullaba.

–Mamá, ¡las patitas!, hablamos de patitas...

–¿Y, dices que el abuelo no te ha querido contar...? Vaya, vaya... esto sí que es delicado... ¿Y, que papá le preguntó si tenía patitas, y que salió de la habitación con una bandeja en las manos...? Vaya, vaya... estamos avanzando mucho...

–Mamá, ¡las patitas!

Verás, Javier, si tú haces algo mal, ¿te gustaría que fueran por ahí tus amigos contándoselo a todo el colegio...?

–No, mamá –contestaba despacito Javier–.

Estaba tan calentito entre los brazos de mamá que ya no le importaban “las patitas”. Allí siempre olía a rosas, hacía tiempo que no subía a su regazo y, cerrando los ojos para recordar ese momento, sin darse cuenta se quedó dormido.

De pronto, llegó el día de su cumpleaños, ¡cinco años! Con emoción se levantó temprano, y en ese mismo instante empezaron los besos y tirones de oreja. Hoy también tendría su comida preferida, así lo anunció su madre.

–Hoy Javier decidirá qué comeremos, ¡para eso es “su día”!

Javier estuvo mucho rato pensando. ¡Había tantas cosas que le gustaban!, dudaba entre la sopa de letras, eso sí, con todas, todas las letras, o el arroz con conchitas, ¡que su madre se empeñaba en llamar chirlas del cantábrico! Todos le miraban de una manera particular, era su cumpleaños y, además, ¡era domingo!

–¡Eso sí que es suerte! –dijo Ernesto, el mayor.

En la mesa también todo era especial, sus galletas preferidas de ositos le aguardaban.

Terminó rápido su desayuno y se levantó con decisión pensando en todas las cosas que iba a hacer ese día. Justo cuando estaba saliendo por la

puerta oyó:

–¿*Tiene patitas?*

Se volvió despacio. Sus ojos estaban redondos y fijos mirando a mamá, que repetía:

–¿*Tiene patitas?*

Javier temblaba de emoción. ¡Eso sí que era suerte! Lo mejor que le podía pasar y precisamente hoy, el día de su cumpleaños. Resolver el misterio. ¡Por fin!

Su madre, en bata todavía, le miraba con cariño, su padre sin afeitarse y atento al tostador también se quedó paralizado, parecía que el mundo se había detenido. Javier no podía



reaccionar, seguía parado ante la puerta de la cocina.

–¿Qué, qué, qué...? –preguntó muy bajito.

–Pregunto... –repetía mamá muy suavemente– que si tu tazón tiene patitas.

Javier regresó a la mesa y contempló, como si fuera la primera vez en su vida, el gran tazón verde donde todas las mañanas nadaban las galletas. Lo miró despacio. Lo levantó del plato y le dio la vuelta, y aunque manchó el mantel con tres gotas de colacao, mamá no dijo nada.

–¿Patitas?, ¡pues no!, mamá, el mío no tiene... –contestó.

–¡Perfecto!, qué susto me había dado, –decía mamá llevándose la mano al corazón– ¡tener en casa un tazón que anda! Entonces... –siguió hablando con su sonrisa más bonita–, ¿qué te parece si tú mismo lo recoges y lo dejas en la pila de fregar? Él solo no podría, ¡no tiene patitas!

Papá dejó el tostador y sonriendo dijo:



–Las cosas no tienen patitas, Javier, y si no las recogemos mamá sería las patitas de toooodas las cosas. Con los años, en vez de mamá sería un ciempiés. ¿A que no nos gustaría?

Javier, recogiendo el tazón del desayuno,
también se reía y reía, feliz.

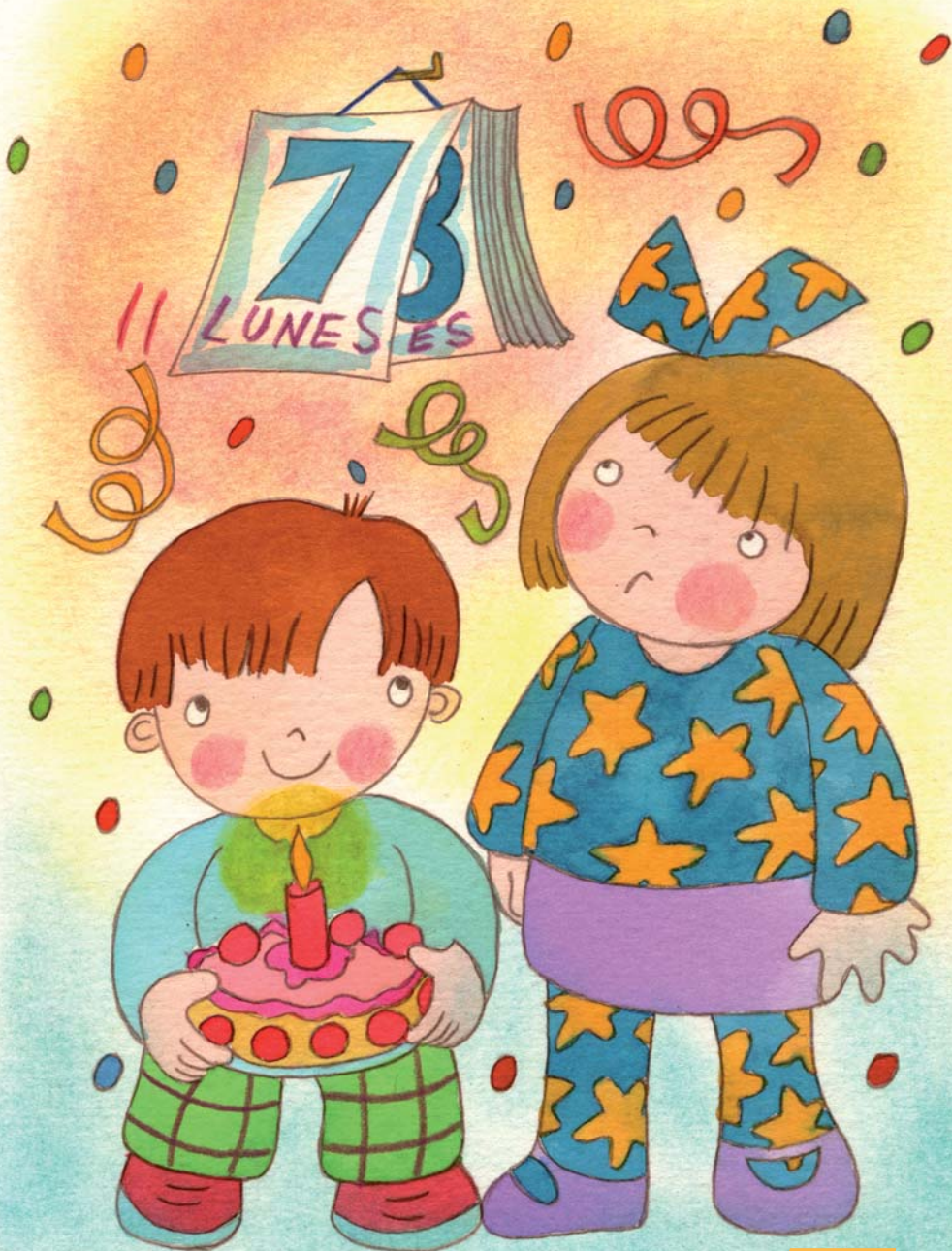
Fin

Una horrible casualidad



Por una de esas casualidades horribles de la vida, mi hermano Antonio nació justo un día antes de mi cumpleaños. Yo tenía apenas dos años y en ese momento no me di cuenta hasta qué punto se trataba de algo grave. Pero con el tiempo fui entendiendo.

Porque, claro, la gente no quiere ir dos días seguidos a una fiesta de cumpleaños. Van, pero no les apetece. Hasta cuando te cantan el “feliz cumpleaños” te das cuenta de que ya no les interesa tanto y eso sin contar que, para comer, hay lo que sobró del día anterior. Sólo existe una



cosa peor y es cumplir el día de Navidad. Por mi parte, cuando sea mayor, voy a cambiar mi fecha de cumpleaños. Es la única manera de arreglar este asunto. Esto os lo cuento porque este año

pasó algo que ya es el colmo de los problemas que una tiene cuando su hermano cumple el día anterior.



Faltaban todavía seis días para el cumpleaños de Antonio y siete para el mío cuando, por la mañana, mientras desayunábamos

tocaron el timbre y cuando mi padre volvió de atender al cartero, traía con él dos paquetes. Nunca antes habíamos recibido regalos por correo así que preguntamos si podíamos abrirlos en ese momento. A papá y a mamá les pareció bien. Entonces nos pusimos a buscar alguna tarjeta y así saber cuál era para Antonio y cuál para mí.

Pero no había. Después de un rato, papá dijo que los abriéramos ya que seguramente la tarjeta estaría dentro.

Los dos eran muy parecidos de tamaño y estaban envueltos con el mismo papel. Cada uno cogió el que tenía más cerca. Cuando se trata de una sorpresa, a Antonio le gusta esperar el máximo tiempo posible por lo que me hizo un gesto para que empezara yo. Abrí mi paquete. Dentro no había ninguna tarjeta. Se trataba de una caja de madera que tenía una etiqueta que decía “equipo de enfermería”. Era super bonita y traía una cantidad enorme de material de hospital. Había un estetoscopio, jeringuillas, termómetro, gasas, tiritas, vendas, frascos de medicinas, pinzas para operar, barbijo, todo de juguete pero ¡tan real que era impactante! También tenía un muñeco escayolado sobre una camilla. En fin, la caja era tan increíble y todo tan perfecto que no tuve dudas de que era para mí,

hasta que le oí decir a Antonio:

–¡Has abierto el mío!

–¿Por qué? –le pregunté.

–Es evidente –me dijo– porque voy a ser médico cuando sea mayor.

–¿Y eso?, ¡jamás había oído antes que fueras a ser médico! –Estaba claro que lo estaba inventando en ese momento para quedarse con el mejor regalo.

–¡Cómo va a ser para ti –le dije– si está lleno de cosas delicadas que tú, como todos los chicos, vas a romper en un minuto!

Cuando ya empezábamos a gritarnos, mamá nos interrumpió y propuso que abriéramos el otro paquete, a ver si allí había un mensaje. Antonio lo abrió y nada. Dentro también había una caja como la otra y su etiqueta decía “equipo de construcción”. Era una maravilla. Tenía piezas de madera de esas que encajan unas con otras, tejas,

chimeneas, puertas, ventanas, tiestos con flores, árboles, todo para construir. Incluso tenía unos pequeños muebles y alfombras y hasta un juego de platos y vasos en miniatura. Inmediatamente supe que esa era mi caja.

–Esa es la mía –le hice saber a Antonio.

–Tenías razón la primera era la tuya –dijo él al mismo tiempo.

–¿Por qué? –le pregunté.

–¿Por qué? –me preguntó.

–Porque yo voy a ser arquitecta.

–¿Y eso? –dijo imitando el tono que yo había usado antes –¿Desde cuándo?

–Desde hace un tiempo.

–Pues nunca has dicho nada.

–Porque son cosas mías.

Y ahí, el desatinado dijo:

–La de enfermería es la tuya, ¿no ves que tiene un muñeco?

Nuevamente, la discusión hubiera llegado a mayores si no fuera porque se nos hacía tarde para llegar al colegio. “Ya lo resolveréis a la vuelta” –dijo mi madre–, y así tuvimos que irnos con el problema todavía pendiente. Me pasé el día pensando cómo hacer para quedarme con la caja de la construcción. La verdad, entre nosotros, es que las dos me gustaban por igual aunque el comentario del muñeco me había puesto tan furiosa que, aunque fuera sólo por eso, me iba a quedar con la otra. Al final, llegó la solución esperada durante la última hora de clase. ¡Ya vería Antonio quién se quedaba con qué!

En la escalera de casa empezamos a gritarnos, amenazarnos y empujarnos. Estaba decidida a entrar primero y hacerme con mi caja para tenerla cerca mientras arreglábamos el tema. Pero mamá estaba esperándonos en la puerta, y nos hizo callar.

–Lavaros las manos y venid a merendar. Con vuestro padre tenemos una idea de cómo arreglar el asunto de los regalos.

Al sentarnos en la mesa vimos que las cajas estaban sobre el aparador como en una exposición.

–Muy bien –dijo mi padre–, aún no sabemos quién ha mandado los regalos y por lo tanto cuál es para quién.

También hemos visto que, hasta que se abrió el segundo paquete, ambos queríais el primero y luego ambos quisisteis el segundo. Os proponemos que cada uno de vosotros explique por qué piensa que la caja de la construcción le pertenece.



Se ve que yo no era la única que había estado pensando todo el día en el asunto. Casi antes de que papá terminara Antonio empezó a hablar.

–No es que quiero una o la otra sino que quiero la mía. No hace falta ser detective para darse cuenta de que es la de construcción. Para que sepáis – dijo mirándonos con cara de listo– hice una encuesta en el colegio. Ni uno sólo de mis compañeros varones recibió nunca una caja de enfermería. ¿Pero cuántos recibieron cajas de construcción? ¿Eh? ¿Cuántos? ¡Cuatro de diez! –declaró triunfalmente.

Eso de las encuestas es típico de mi hermano. Está todo el tiempo preguntando cosas raras y después saca conclusiones que nadie sabe de dónde vienen. Pero esta vez, lo tenía cogido.

–¿A cuántas mujeres les has preguntado?

Se quedó mirándome por un rato largo.

–A ninguna, ¿para qué tenía que preguntarles?

–¡Una encuesta incompleta no sirve de nada!

Puede ser perfectamente que diez de diez chicas hayan recibido una caja de construcción pero si nadie les pregunta... ¡cómo vamos a saberlo!

Allí, viendo que le había ganado un tanto y antes de que se recuperara, me lancé con mi propio argumento.

–Yo quiero la caja de construcción porque voy a ser arquitecta. Es muy importante que empiece ahora mismo a construir cosas. Y para que sepas, yo también estuve haciendo mis averiguaciones y hablando con gente, y lo de que la caja de enfermería es para mí porque tiene un muñeco ¡es una chorrada!, y ha dicho Manuela que te diga que hace tiempo que se acabó eso de que las niñas juegan con muñecas y los niños a la pelota, y que sepas que nosotras las mujeres ahora vamos a tener todos los puestos de jefas, y haceros a

vosotros lo que nos habéis hecho a nosotras.
¡Porque ahora nosotras tenemos nuestros derechos
también!

La verdad es que lo de Manuela se me había escapado. En el autobús lo había pensado mucho mejor pero con los nervios me salió todo un poco mezclado. Es que, de pura casualidad, justamente ese día en el colegio habíamos estado hablando de los derechos y de cómo antes las mujeres no podían hacer una cantidad de cosas importantes, como votar o estudiar lo que querían, y de sólo enterarme de todo aquello en detalle se me había subido la sangre a la cabeza y a Manuela ni hablar. Miré a todos y todos estaban mirándome con sorpresa. Decidí seguir con el ataque:

—Además tú mismo has dicho que ibas a ser médico y ahora te echas atrás. ¿Y por qué? Porque yo quiero la otra caja. Siempre tienes que copiarme en todo.



–¡No es verdad! –me interrumpió Antonio–
¡tú misma habías dicho que querías la de
enfermería!

Eso era cierto, ¡ojalá me hubiera quedado
callada!, si lo de los derechos era perfecto para
qué tenía que agregar más. En fin, eran los
asquerosos nervios. Que Antonio también los
tenía porque de pronto gritó:

–¡Y para que te enteres de una buena vez yo
no rompo todo como has dicho!

Me quedé callada mirando las cajas y él
también.

–Entonces –dijo mi padre– ninguno quiere la
caja de construcción porque sea simplemente la
que más le gusta, sino que Antonio la quiere
porque cree que la otra caja es de niñas y Juana la
quiere porque quiere defender sus derechos.

–Y parece –agregó mi madre– que Juana

confunde derechos con venganza.

Ya sabía yo que lo de Manuela había sido un error fatal.

–Tengo una propuesta –dijo mi padre– vamos a pensar esto de otra manera. Vamos a imaginar que los dos hubiérais recibido la caja de enfermería. ¿Estaríais contentos?

Antonio y yo nos miramos. Nadie quería dar el brazo a torcer, pero después de un rato ambos dijimos que sí.

–Entonces podemos acordar que ambas cajas son preciosas y cualquiera que os toque estará bien.

Nuevamente asentimos.

–Sabes Juana –dijo entonces mi madre– está muy bien que te preocupes por tus derechos y los de todas las mujeres. De hecho está muy bien que te preocupes por los derechos de todos. Sólo

recuerda, hija, que nos ha llevado mucho tiempo conquistarlos y que no los tenemos para vengarnos sino para sumarnos de manera completa a la vida de la comunidad. Y dile a Manuela, porque quizás no lo ha comprendido, que si un día sois jefas tendréis la oportunidad de demostrar qué significa de verdad respetar por igual los derechos de las mujeres y los hombres. ¿Vale?

–Vale.

–¿Y ahora qué hacemos con las cajas?

–preguntó mi padre.

Yo, mientras tanto, ya había pensado un nuevo plan de acción y me apresuré a hablar.

–Antonio –dije– a mí me gusta más la de construcción y si me dejas quedarme con ella te voy a construir un hospital.

Mi hermano se quedó pensando un rato.

Luego dijo:

–Bueno, ¿pero puedo ser el ayudante de la arquitecta?

–Sí, puedes, y ¿luego puedo ser la enfermera de tu hospital?

–Sí, me vas a pasar todos los instrumentos cuando opere al enfermo, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

Y así fue como se arreglaron las cosas. Y no estuvo mal porque Antonio y yo resultamos ser un equipo perfecto de construcción y de enfermería. No hay edificio ni enfermo que se nos resista. Igual quedan dos temas por resolver, uno, que todavía no sabemos quién nos mandó los regalos y dos, mi fecha de cumpleaños. Y en esto no hay nadie que me haga cambiar, en cuanto sea mayor me elijo otro día y se acabaron mis problemas.

Fin

Aña la rana



rased una vez... ayer o antes de ayer, una hermosa rana verde de ojillos saltones y piel moteada, saltaba de hoja en hoja y de piedra en piedra canturreando una alegre canción de los 80 al borde de un arroyo.

Fue entonces cuando se le acercó un apuesto muchacho de piel morena y chisposa mirada, que atraído por tan excelente hallazgo le preguntó:

—¿Qué tal estás Princesa? No he podido evitar darme cuenta de que tratándose de una rana, deberías croar y no es así, sino que cantas una



bella canción de los 80. Es por ello que he deducido que debes de ser una hermosa Princesa atrapada en ese cuerpo de rana bajo un terrible hechizo.

–¡Jo, qué susto me has dado! –respondió la rana con asombro. –Al principio pensé que ibas a preguntarme si estudio o trabajo. Pues sinceramente muchacho, no creo que sea asunto tuyo.

–Verás Princesa... –comenzó a explicar el muchacho de forma resuelta–. Mis intenciones son buenas y si se trata de tan terrible suceso, estoy dispuesto a darte un beso para que recobres tu bella forma humana y podamos ser felices juntos para siempre.

–Mal asunto –respondió la rana–. Apenas me conoces y ya me estás proponiendo matrimonio. ¡Lagarto, lagarto!, diría quien yo me sé.

–¡Pero Princesa, te estoy ofreciendo una hermosa vida a mi lado en un espacioso chalet

adosado, con garaje para 2 coches, jardín, 4 dormitorios, 2 cuartos de baño y hermosas vistas a la segunda fase de chalets en construcción!

—explicó el muchacho haciendo aspavientos con las manos.

—¡Flipas muchacho, realmente flipas de lo lindo! —respondió la rana con los ojos saliéndose de las órbitas. —¿Qué te hace pensar que deseo vivir contigo y en un chalet adosado?

—Está claro Princesa. Toda mujer soñaría con una proposición así. Soy guapo, inteligente, tengo un trabajo estable con contrato indefinido... ¡una joya, soy realmente una joya! —contestó el muchacho.

La pobre rana no podía creer todo cuanto escuchaban sus oídos. ¿Vendría acaso este muchacho de algún planeta desconocido...?, ¿sabría este chico que ya existe la tele en color...?, ¿leería los periódicos...?

—Vamos a ver —dijo la rana pensativa—. ¿Cómo

sería un día de diario de nuestro feliz matrimonio en un chalet adosado?

—Pues verás Princesa: Te levantarías a las 7 de la mañana

para preparar el desayuno mientras yo me ducho y me preparo para ir a la oficina. Después de irme, te ducharías y harías las labores del hogar, es decir, poner la lavadora, limpiar la casa, hacer la comida, coser..., en fin, todas esas cosas guachis que hacen las mujeres. Luego yo llegaría por la noche a alguna hora y tú me estarías esperando con la cena y el periódico del día sobre la mesa. —contestó el muchacho con una sonrisa de oreja a oreja y ojos chisporroteantes.



–¡Tela marinera! –exclamó la rana con incredulidad–. ¿Pretendes decirme que los hombres sin pareja no laváis la ropa, ni limpiáis la casa, ni coméis, ni coséis la ropa y esas cosas...?

–Claro que sí Princesa. Sólo que dejamos de hacerlo cuando la tenemos y de todas formas esas cosas no se nos dan muy bien que digamos –contestó el muchacho haciendo pucheros con la boca y con cara de cachorrillo abandonado.

La rana se quedó boquiabierta con ojos de espanto. ¡Realmente se trataba de un extraterrestre! No podía imaginar ni por asomo su vida al lado de un bicho tan raro.

–Veamos muchacho, tengo una idea mejor –contestó la rana mientras se pasaba la lengua por la comisura de los labios–. ¿Qué te parece si por la mañana tú te levantas a las 7 y preparas el desayuno. Yo me voy a la oficina y tú te quedas en casa haciendo todas esas cosas guachis que me has sugerido antes. Después yo llego a alguna

hora de la noche y tú me estas esperando en casita con la cena y el periódico en la mesa...? ¡¿A qué suena chupi piruli?!

–¡No fastidies! –respondió el muchacho asustado– ¡pero si tú no trabajas en una oficina!

–Pero estoy estudiando para las oposiciones so listo. Y que yo sepa tengo derecho a disponer de mi tiempo igual que tú –le contestó la rana con los brazos en jarra.

–¿Pues sabes qué te digo R.A.N.A.? que ya no estoy interesado en darte un beso y sacarte del horrible hechizo al que has sido sometida –respondió el muchacho con aires de mosqueo y superioridad–. Me voy a buscar una compañera más complaciente y posiblemente más guapa de lo que tú jamás podrías ser.

El muchacho partió a paso ligero sin tan siquiera girarse una sola vez.

La rana dio un bufido de alivio y se quedó pensativa rascándose la cabeza, todavía sin poder



creer que existiera semejante tipejo en este mundo. Lo curioso es que el muchacho, aunque no parecía un troll, se comportaba similar.

Dándose la vuelta, siguió dando saltitos sobre las hojas y las piedras del arroyo, cantando su alegre canción de los 80.

En ello estaba cuando se le acercó un muchacho pecoso y larguirucho, no especialmente guapo pero con cara amable y graciosa.

—¡Hola ranita! —saludó el muchacho—. Me llamo Manolo y no he podido evitar escuchar tu alegre canción. —¿Qué te ha sucedido...?, ¿has sido víctima de algún hechizo?

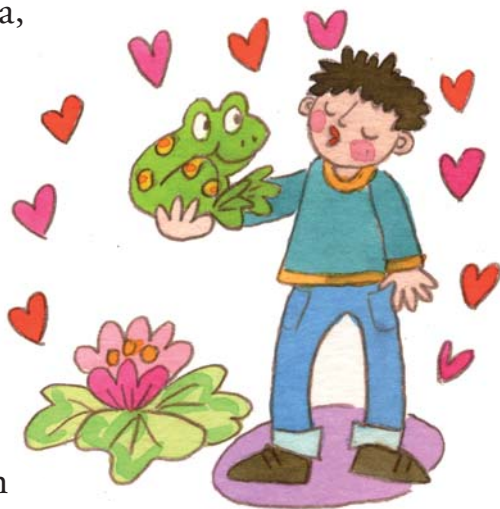
—Pues verás..., sí —contestó la rana de forma cautelosa—. Resulta que el brujo del bosque me lanzó un maleficio por no querer ir a comprarle patatas a la tienda. Pero bueno, no me va tan mal, soy libre de hacer lo que quiera: me baño, tomo el sol, cazo alguna mosca, hago ejercicio en

el arroyo... vamos, que no me puedo quejar.

–¿Entonces, no te gustaría recobrar tu forma humana? –preguntó Manolo sin creer que alguien pudiese ser feliz de esa forma.

–Hombre sí –contestó la rana–. Pero depende del futuro que me esperase una vez volviera a ser persona. Hasta ahora, no se puede decir que haya tenido mejor alternativa.

–Bueno, yo soy una persona modesta y no puedo ofrecerte gran cosa. Pero te aseguro que juntos podríamos hacer muchas cosas y ser lo más felices posible –Manolo miraba a la ranita con entusiasmo, esperando que lo que pensaba proponerle fuera de su agrado–. Por la mañana



haríamos juntos el desayuno, dejaríamos una lavadora puesta y nos iríamos a nuestros quehaceres. Cuando volviésemos limpiaríamos la casa juntos y yo haría la cena mientras tú tiendes la ropa, y los fines de semana saldríamos de marcha a divertirnos, e incluso visitaríamos este arroyo para recordar lo feliz que tú también eras en tu condición de rana. ¿Te gusta la idea?

—¡Ya me estás dando ese beso, so machote!
—gritó la rana de alegría—. Tengo ganas de estar contigo y contarte todas las cosas maravillosas que me han pasado y escuchar las tuyas. ¡Hay una historia en particular que me ocurrió hace poco que te va a resultar realmente graciosa!

Al besarla, la rana recobró su forma humana tan rápido como un abrir y cerrar de ojos. Era una muchacha bajita, con pelo oscuro y ojos saltones.

—Eres la criatura más hermosa que jamás he conocido. Fuiste realmente valiente desafiando al

brujo del bosque –exclamó Manolo admirándola boquiabierto–. ¿Cómo te llamas?

–Ana –contestó sonrojándose su ya amada criatura–. Tu también me pareces la persona más bella y justa que jamás he conocido.

Cogidos por la cintura abandonaron el arroyo y se dirigieron a Alcalá de Henares, donde compraron un modesto pisito en la tercera planta de un edificio sin ascensor. Un piso que podían pagar con sus ahorros y el lugar perfecto para vivir juntos y disfrutar de la vida.

Y... colorín colorado, en Alcalá de Henares nos hemos quedado.

Fin

Y Leila dijo: Tú no



uando aquel felicísimo día Leila tomó a su hija Fátima en sus brazos por primera vez, se sintió la mujer más feliz del mundo, y además supo que su vida iba a cambiar completamente de rumbo. Esta niña es lo que había esperado doce largos años. En realidad, su corazón la anhelaba desde su primer embarazo, aunque al mismo tiempo deseaba tener un varón, pues en su cultura (era musulmana) los niños eran infinitamente más valiosos que las niñas. La



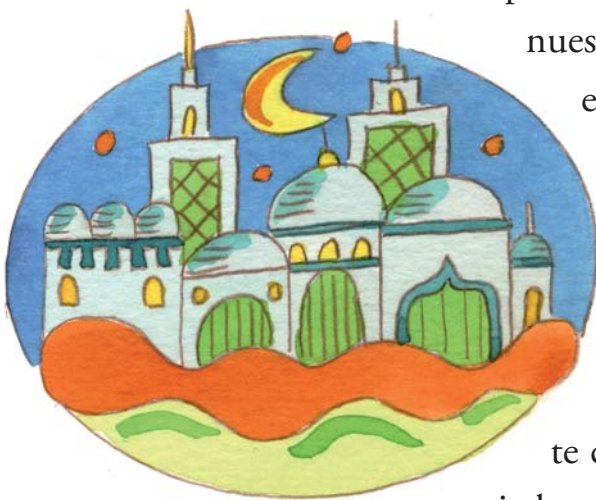
llegada de una niña en primer lugar, era casi un duelo general. Por eso se alegraron todos tanto cuando nació Mansur.

Era un guapo chico, grande, con enormes ojos negros, y el pelo oscuro y rizado. Cuando lloraba aquellos primeros días, con una fuerza inusual en un recién nacido, ella supo que sería un muchacho de genio vivo y mandón, como en verdad eran casi todos los hombres musulmanes. Y su predicción se había cumplido, era un adolescente tirano. Le encantaba imponer lo que él creía sus derechos de hombre, a su madre y a sus hermanos pequeños.

Sin embargo sus otros dos hijos, Alí y Mohamed, eran niños reposados y tiernos, a la par que inteligentes. Sentían devoción por su madre y siempre que estaban a solas buscaban algún motivo para demostrarle su cariño, e incluso, y en contra de las costumbres de su país, le ayudaban en las pequeñas tareas del hogar.

Ella siempre había padecido de los huesos y tenía fuertes dolores. Una enfermedad que sus padres se esmeraron en ocultar, pues eso podría espantar a los pretendientes y sus familias. De las mujeres árabes sólo se esperaba que fueran fieles, trabajadoras y buenas paridoras. Algunas veces, en sus más fuertes crisis, su marido se había levantado en plena noche para ir al pozo y traerle varios cubos de agua, sin que le viera nadie. Aún así se exponía a que si alguien le sorprendiera, fuera la mofa del vecindario y la vergüenza de su familia. Said, aunque era el marido impuesto por su familia (sin atender a sus lloros y súplicas, pues ella no le conocía) había resultado un esposo bueno, cariñoso y trabajador.

Leila suspiró y miró a su hija con arrobo, la apretó contra su pecho y le dijo: “Tú sin embargo ya has nacido con el dudoso privilegio y obligación de tener que ayudarme en todo, y con la carga añadida de más adelante, en mi vejez y la



de tu padre, cuidarnos hasta nuestra muerte. Pero esto no va a ser así, aquí estoy yo para evitarlo, para educarte de modo que, como dice Mariam, no te conviertas en criada y esclava de nadie.

Tan sólo serás una colaboradora y más tarde a la universidad, si es que ello te apetece.

Removeré cielo y tierra para que así sea y si no cuando seas mayor, y Mariam esté de nuevo en España, te enviaré allí para que tengas más oportunidades de cara a tu futuro.”

Mariam pertenecía a una familia acomodada de Marruecos y había estudiado y leído mucho. Había vivido varios años en Inglaterra y España. A este último país pensaba volver, para vivir en él.

Le habían gustado sus gentes acogedoras y bondadosas, había además en él paz y alegría. Quería fundar allí una asociación, para ayudar a los emigrantes de Marruecos, que cada día eran más.

Cuando Mariam regresó a Marruecos, en lugar de quedarse en la capital, con la gente de su clase social y rodeada de lujo, se fue a vivir cerca del pueblo de Leila y de otros cercanos igual de pobres. Allí, y en contra de casi todos los hombres, daba clases y charlas a todas las mujeres que lo deseaban. Al principio, fue pregonando a los cuatro vientos la igualdad de hombres y mujeres, la conciliación en las labores del hogar y el cuidado de los hijos. ¡Había tanto que hacer al respecto en aquel país!

Al inicio asistieron muchas mujeres, pero a medida que muchos maridos se manifestaron en contra, mostrándose muy intransigentes y algunos

incluso violentos, fueron quedando cada vez menos. Ellas se desanimaron, pero Mariam les dijo: No os amilanéis, pues aunque ahora sois pocas, cada una de vosotras tendrá que inculcar nuevos valores y experiencias a sus hijas y a otras mujeres que sean propicias a aprender nuevos usos y costumbres; y la pequeña bola de nieve que somos ahora se irá haciendo cada vez más grande. Además, como dice un refrán español “un grano no hace granero, pero ayuda al compañero”.

A partir de ahí, aprendieron no sólo a leer y escribir, sino también algo de matemáticas, a limpiar más eficazmente su hogar, a cuidar la higiene y hasta algo de medicina para poder atender las enfermedades y lesiones leves. También les prestó algunos libros, para que conocieran la maravilla que es la cultura y la literatura.

Y Fátima creció mimada y feliz hasta los seis años; a esa edad la mandaron a la escuela. Para entonces su madre y Mariam ya habían enseñado

a la niña a leer y escribir, incluso, esa mujer culta, estaba modelando su carácter y metiéndole sus derechos en la cabecita poco a poco.

El padre, Said, a pesar de su educación machista, sentía, en su corazón y en su mente, que no era justo cargar a la mujer con todo el trabajo de la casa y además negarles demostrar su valor e inteligencia, para beneficio de todos. Su país tendría que aceptar estos derechos de la mujer, igual que había pasado en otros. Iba a costar, pero él y otros muchos pondrían su granito de arena para conseguirlo.

Pero los años pasaban y la situación en los pueblos casi no se movía. Leila le dijo un día a Said: “No puedo más, este estado de cosas me está destrozando la vida, pero no pienso permitir que pase lo mismo con mi hija; quiero que la niña se vaya con Mariam a España”. En esta situación Said aceptó el trato. Mansur puso el grito en el cielo pero no le sirvió de nada.

El dolor de Fátima al tener que dejar a su familia fue muy grande, pero ella ansiaba saber y desarrollar el enorme potencial que creía tener, para ayudar a los más desfavorecidos de sus paisanos.

Y Fátima partió de viaje, con su velo en la cabeza, aunque bien es verdad que muchas veces se lo quitaba para lucir su hermosa melena de rizos negros, no tenía problema en hacerlo. La joven era muy creyente y Alá y Mahoma eran sus más firmes pilares. Se prometió que, en aquel nuevo país, seguiría con sus cinco rezos diarios y su profunda fe y que conservaría intacto el amor por sus padres y hermanos. Al mismo tiempo absorbería todo lo que de positivo y cultural de España le llamase la atención.

Ahora, unos años después, Mariam y Fátima, que es trabajadora social, han creado una Asociación para ayudar y formar a las familias marroquíes emigrantes. Los hay que vienen sin

ninguna formación y lo que es peor sin deseo alguno de integración. Pero los niños sí hacen amigos en el colegio y son felices. Bien es verdad que un alto porcentaje de españoles considera a los musulmanes invasores.

Aunque cuando ven en la tele la tragedia cotidiana de las pateras, lloran lágrimas de cocodrilo.



Hoy en día, Fátima y su familia se han reunido en España (todos menos Mansur, el mayor). Mohamed estudia para trabajador social y Alí promete ser un buen médico. Leila y Said, colaboran en la Asociación. ¿Y las labores del

hogar? Pues se reparten entre todos, como debe ser y aún sobra tiempo a todos para divertirse.

Ahora son felices, aunque mentiríamos si no dijéramos que a ratos añoran profundamente a su Marruecos natal.

Fin

9º Concurso
de
Cuento
No-sexista
"Rosa Chacel"
2006



La Suma de Todos



CONSEJERÍA DE EMPLEO Y MUJER

Comunidad de Madrid

www.madrid.org